

como á San Alfonso Rodríguez; eran ángeles los que la flagelaban, como á San Jerónimo en la famosa visión.

He aquí por qué tengo el firme convencimiento, de que al abandonar sus mortales despojos el 9 de Agosto próximo pasado, voló inmediatamente aquella alma bendita á los brazos del Celestial Esposo. He aquí por qué creo firmemente que nos está viendo desde su alto trono de gloria y bendiciendo nuestras empresas.

Estando tan próximo el primer aniversario de su fallecimiento, la gratitud exigía que os hablase de las virtudes de la fundadora de esta casa y esta provincia, á quien tanto debéis. No es esto empañar el brillo de la presente fiesta, pues su tránsito, como el de Santa Mónica, fué tan glorioso, que no con gemidos, sino con himnos de gloria, debe ser celebrado.

Honor, pues, á los vivos y á los difuntos, á los presentes y á los ausentes, que han contribuido á la prosperidad de esta casa. Honor á las alumnas que le están dando tanto lustre, y á las antiguas, que sirvieron de piedras fundamentales. Á todas aplaudo y á todas bendigo, y á todas comunico la especial bendición que les envía nuestro Santísimo Padre, Pío X.



DISCURSO

DIRIGIDO POR EL ILMO. SR. OBISPO, EN EL SALÓN DEL TRONO
DE SU PALACIO, AL CABILDO, CLERO, SEMINARIO, ALUMNAS
DEL SAGRADO CORAZÓN Y MIEMBROS DE LAS
ASOCIACIONES PIADOSAS, REUNIDOS
PARA FELICITARLO
EN EL 36º ANIVERSARIO DE SU CONSAGRACIÓN EPISCOPAL,
12 DE MARZO DE 1907.



MAYORES motivos que en mis anteriores aniversarios, tengo en el presente para dar gracias al Señor. No sólo se ha dignado su divina Providencia prolongar mi vida en el episcopado, más allá de los términos ordinarios, sino que ha querido hacerme sentir esta señalada gracia, con acontecimientos poco acostumbrados. He sucedido á mi segundo sucesor en la diócesi de Tamaulipas, para la cual fuí consagrado Obispo, hoy hace 36 años, y acabo de sepultar en la que fué mi Catedral en Monterrey, y entre los mausoleos de nuestros mutuos antecesores, al último Prelado de los *tres* que me han sucedido en Linares, desde que hace 22 años vine á apacentar esta grey potosina. Semejante dignación del Príncipe de los Pastores, en cuyas manos está la vida de los hombres, á quienes eleva y abate conforme á sus santísimos fines, me hace confiar más y más en su infinita misericordia, al ver que, á pesar de mi indignidad, aun no me quita, como al siervo infiel del Evangelio, la divina mayordo-

mía. Os agradezco, por tanto, más de lo que puedo expresar con palabras, el que me hayáis venido á acompañar en acontecimiento tan fausto, y á animarme con vuestros afectuosos discursos.

Pero no es éste el principal motivo que tiene vuestro Pastor, que tenéis vosotros, para alzar las manos al cielo en entusiasta hacimiento de gracias. Al celebrarse hace poco el jubileo de la Inmaculada Concepción de María, me atreví á dirigir al Congreso Mariano, con tan altos fines reunido en Roma, estas fogosas palabras: «Dígnese el Nono Pío, cuya memoria ha vivido siempre en mi pecho, escuchar las plegarias que por su eterna bienaventuranza y *elevación á los altares*, dirige al Cielo, uno de los dos únicos Prelados, por sus propias manos ungidos, que aún viven en este valle de lágrimas.»

Estos votos, que hizo suyos toda la Venerable Asamblea, y ha ratificado el Orbe Católico, tengo la satisfacción de anunciaros que han sido escuchados. Nos llega de Roma la consoladora noticia, que se han dado los primeros pasos para iniciar esa serie de complicados procesos que se requieren para la glorificación de los siervos de Dios en la tierra. Por largo que sea el tiempo que transcurra antes de la feliz terminación, ya estamos moralmente seguros, de que antes que haya desaparecido la generación actual, podremos invocar como Santo, al gran Pontífice, que tan gloriosamente reinó, con tanta fortaleza padeció, con tanta majestad cayó.

Es ya tiempo, en verdad, de que la Iglesia glorifique con la suprema apoteosis, al humilde siervo que tanto vilipendiaron las potestades de la tierra. Desde el principio de su largo reinado, la impiedad le asestó las envenenadas flechas de sus hipócritas alabanzas; luego los puñales de la traición y de la injuria; más tarde, los no disimulados dardos de la revolución, que acabaron por arrebatarse su Roma. No contento el infierno, lo hirió en todos tiempos con la sátira y la calumnia, y aun después de muerto, quiso arrojar al Tíber sus santos despojos. Es tiempo ya que le ofrezcamos incienso en los altares, y es justo que el primero en erigir templos en su honor, sea el penúltimo Pastor por él consagrado, y en el cual quiso honrar el Augusto Pontífice, más que á su persona, á toda la Iglesia de Méjico, á toda la América Latina. ¿Me concederá el Señor los días indispensables para cumplir este voto? Escuchad.

Ahí tenéis delante, como uno de los más preciados adornos de este salón, la Imagen de Santa Cecilia, Virgen y Mártir, copia exacta de la que embellece su sepulcro en su Basílica de Roma, la cual, á su vez, es fiel trasunto de su glorioso cuerpo, tal como se le encontró hace poco más de tres siglos, tal como se le sepultó hace diez y siete en las catacumbas. Notad la triple herida que presenta su cuello medio tronchado, y permitidme que os recuerde la historia de su martirio.

No pudiendo acabar con su vida por medio de los tormentos, mandó el tirano que se separara del tronco su virginal cabeza. Con todas sus fuerzas descargó el

lictor el golpe que debía ser fatal; pero aquella hacha, acostumbrada á decapitar gigantes, apenas causó leve herida en un cuello tan tierno. No tuvo mejor éxito el golpe segundo. Con redoblado vigor se asesta el tercer hachazo, y este tampoco acierta á separar la cabeza del tronco.

¡Detente, verdugo! ¿No sabes que la ley Romana prohíbe descargar más de tres golpes? Déjala aguardar tranquilamente la muerte, y retírate á buscar en vano el misterio de tu falta inesperada de destreza ó de fuerza.

Lo que para el lictor era un arcano, lo sabemos nosotros. Deseaba la santa distribuir su hacienda á los pobres, y consagrar su casa como Iglesia, y á este fin pidió al Señor tres días de tregua, nada más tres días, para poder hablar con el Sumo Pontífice, y dictar sus disposiciones testamentarias. *Triduanas a Domino poposci inducias ut domum meam Ecclesiam consecrarem.*

Esto tan sólo pido al Señor: un breve plazo en que pueda erigir una capilla junto á mi Catedral, que deberá consagrarse á Pío IX, cuando podamos saludarlo como Santo, y ofrecer el incruento Sacrificio en el altar en que se venere su imagen. Ni Cecilia vió erigida la Basílica que hoy todavía contemplamos en todo su esplendor, sobre su antiguo palacio, ni yo aspiro á ver terminado el santuario que pienso erigir. Pero empezaremos desde luego; y entretanto, seguirán su curso los procesos de beatificación y canonización apenas incoados. Vosotros continuaréis y llevaréis á cabo la

obra grandiosa. Yo os nombro ejecutores de mis últimas voluntades, y tengo la seguridad de que me ayudaréis. Cuando veáis sobre el altar la imagen de San Pío el Noveno, como ya lo podréis llamar, diréis á las generaciones futuras: «Este Santo honró, favoreció, consagró al Obispo que tantos años gobernó esta diócesis, y á quien el Señor, por la intercesión del Augusto Pontífice, dió fuerzas para vencer todos los obstáculos, superar todas las oposiciones, romper todas las redes con que trataron de estorbar sus apostólicos trabajos, falsos hermanos, enemigos descubiertos, emisarios inicuos de Satanás.»

Quiera el cielo escuchar nuestras súplicas, y en prenda de mi agradecimiento y confianza, recibid la bendición que os envió, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

